

## CAPITULO XXXIII.

*Los cuatro Presidentes.*

¿QUÉ cañonazos son esos, vecina? ¿hay pronunciamiento?

—¡Qué pronunciamiento ni qué ojo de hacha! Pues que! ¿no sabe usted?

—No sé nada.

—El joven héroe, á quien llaman el Macabeo, acaba de llegar.

—¿Ha llegado Miramón á México?

—Eso creía toda la gente, y por eso los balcones y las azoteas están llenas á pesar de la lluvia; pero mi marido, que pertenece á las cocinas de palacio, se fué desde las doce á Chapultepec para ayudar á preparar la cena.

—¿Va á haber, pues, cena esta noche en Chapultepec?

—En la que estarán juntos los cuatro Presidentes.

—¿Cuáles son los cuatro Presidentes?

—¡Válgame Dios, vecina! Está usted muy atrasada de noticias. Los cuatro Presidentes son Zuloaga, Robles Pezuela, Salas y el general Miramón.

—Pero Miramón no es Presidente.

—Pues sepa usted que es el mero Presidente; primero, porque lo nombró la junta electoral, y segundo, porque es el que manda á todos.

—Y entonces, ¿por qué se va á Chapultepec?

—¡Vaya usted á preguntárselo! Se va á Chapultepec como los Virreyes se iban á la Villa de Guadalupe, y Santa-Anna y Comonfort á Tacubaya, ó para arreglar desde fuera las cosas de gobierno ó tal vez para hacer una entrada más ruidosa.

—Está bien, vecina, mil gracias, me meto porque está haciendo frío y el *chipi chipi* no se acaba.

La comadre le llamaba *chipi chipi* á la lluvia.

En efecto, á las cinco y media se había detenido en la garita la diligencia en que llegaba de Querétaro el general Miramón, y en carruaje y rodeado de su Estado Mayor y generales y seguido de una numerosa escolta, se había dirigido al castillo de Chapultepec, en donde había mandado preparar alimentos para él y para los suyos, con el propósito de no entrar á la Capital sino cuando estuvieran allí despachados los asuntos que traía entre manos.

La llegada del caudillo clerical, fué saludada con veintinueve cañonazos, que se dispararon en la Ciudadela.

El único que le acompañó en el coche, fué el general Salas, á quien preguntó Miramón luego que estuvieron en camino:

—¿Y qué cara han puesto por aquí los revolucionarios?

—No la han puesto muy buena, respondió Salas; pero han tenido que mostrarse dóciles ante la actitud resuelta de la guarnición.

—Por fortuna, hemos tenido que habérmolas con hombres que no tienen ninguna energía y en quienes domina el hábito de la obediencia. ¿Y Zuloaga?

—El general Zuloaga hasta ahora salió de su escondite.

—Sí, ya supe que estuvo metido en una legación... ¡pobre hombre!

Y al decir «¡pobre hombre!» Miramón se sonrió de un modo particular.

A poco reanudó la conversación, diciendo:

—Ya expliqué mi conducta en las notas que dirigí á ustedes y la seguiré explicando en algunos documentos públicos; pero en lo particular, tendré que ir diciendo á cada uno, que es la peor tontería que pueda hacerse, eso de andar queriendo democratizar al país y llamar á los partidos á la reconciliación. Nosotros sólo necesitamos del clero y de los ricos que son los que nos ayudan con su dinero y con su prestigio; ¿para qué diablos nos sirven los demagogos que no tienen una peseta? Si no podemos sostenernos nosotros solos, ¿para qué vamos á buscar otros á quienes mantener y que en pago no habían de darnos otra cosa que disgustos y dificultades? No, señor, para los demagogos no hay más que cuerda y machete, guerra sin cuartel, una vez que nos han tirado el guante y lo hemos recogido. Ahora ya los tenemos casi aniquilados; les daremos el último golpe en

Veracruz y ya no volverán á levantarse nunca. ¿Qué opina de esto V. E.?

—Abundo en su parecer, Excelentísimo Señor, contestó Salas, tartamudeando.

—Solamente por no debilitar nuestro partido, por no hacer un escándalo mayor ante el país y ante el mundo civilizado, no hago un ejemplar con Robles Pezuela, con Echeagaray y con toda esa horda de revolucionarios de pacotilla que los acompañaron en sus calaveradas. El mal ejemplo que han dado, su inoportuna rebelión, cualquiera de sus actos, desde el día 24 de Diciembre, merecen un proceso sumario y una condenación; muchas personas respetables del clero y del capital, me han estado inclinando al castigo; pero tendría que ser éste fuerte y extensivo á muchos para que fuera eficaz, y he concluido por opinar como Zuloaga, por el disimulo ó por el perdón.

—Excelentísimo señor, dijo Salas inclinando la cabeza, el perdonar es propio de los corazones generosos y grandes.

Y así conversando, llegaron los dos Presidentes á Chapultepec.

Salas, el otro Presidente, hizo allí los honores de la casa. Introdujo á Miramón á sus habitaciones para que se hiciera la toilette, y á la media hora se presentó ya vestido y remosado en el salón, donde lo esperaba la concurrencia. Refirió los episodios de sus últimas campañas, el incidente del incendio del parque en el palacio de Guadalajara, que produjo grandes exclamaciones y aspavientos y refirió cómo dejaba organizados política y militarmente los departamentos del interior.

Todos se despidieron menos Zuloaga, ya porque Mi-

ramón le hubiera hecho un signo de inteligencia, ya porque aquél quisiera hacer explicaciones.

—Ya estamos solos, le dijo Miramón. Cuénteme usted lo que ha pasado, general, y suprimamos los Exce-lentísimos que me cargan en la intimidad.

—Ya usted lo sabe todo, general, no había uno que no quisiera ser Presidente, juzgando la ocasión oportuna porque se figuraban que usted no saldría de Jalisco.

—Pero es maravilloso que sin que hubiera un solo tiro, se verificaran nueve ó diez pronunciamientos en vein-te días; ¿pero usted por qué no paró el golpe?

—Todas fueron sorpresas, general: yo no podía figu-rarme que estuviera rodeado de hombres falsos y egois-tas, de verdaderos traidores, pues hasta aquellos en quie-nes tenía más confianza, me traicionaron.

—Pues ahora el principal castigo que van á sufrir, será ponerlos á sus piés.

—¡Cómo!

—Volviendo usted á la Presidencia.

—¡Oh!

Zuloaga en vez de decir ¡No! como cualquiera otro, dijo: ¡Oh! con lo cual no quería decir nada.

—Pero antes necesitamos acordar las medidas que deben dictarse al volver usted al Palacio nacional. Estoy muy desvelado; dos noches no he dormido. Hoy descan-so y mañana hablaremos.

Zuloaga se despidió, y el héroe se metió en el lecho poco después, alhagado con la facilidad con que había vuelto á sus quicios el *orden legal*. Creía ó fingía creer que la legalidad estaba invivita en el plan de Tacubaya, que era la bandera de la reacción.

En dos días se estuvo preparando el pastel, y el 24, por bando solemne, se declaró el plan de Tacubaya en to-do su vigor, y Zuloaga volvió al Palacio Nacional, de don-de había sido echado casi ignominiosamente, un mes an-tes.

Hubo ceremonia y discursos. El chicotazo más feroz que recibieron los generales y cuerpos de ejército que se pronunciaron contra Zuloaga, fué el del general Parra, que habló á nombre de la guarnición diciendo entre otras lindezas: «Si abrimos la historia de todos las naciones, no encontraremos ciertamente en sus anales ejemplo alguno de una defección tan escandalosa como la que hoy hace un mes lanzara á Vuestra Excelencia del poder supremo; pero la *Divina Providencia* ha querido que la restau-ración del orden y de los *principios*, juntamente con la persona de Vuestra Excelencia, se efectuara precisamen-te por el mismo general que había sido llamado á suceder á Vuestra Excelencia en la suprema magistratura.»

Lo más chusco fué que estaban presentes muchos de aquellos á quienes iba dirigido el zurriagazo.

El primer acto del Presidente repuesto, fué declarar nulos todos los actos de Robles Pezuela.

Y como de todas maneras Zuloaga estaba predestina-do á salir de la Presidencia, pero sin pronunciamientos, se le obligó á que expidiera otro decreto diciendo: «Es pre-rrogativa del Presidente interino nombrar otro Presidente interino.»

Con ese fácil sistema de expedir leyes, podían decre-tarse cuantas prerrogativas se quisiera, á pesar de todos los planes de Tacubaya.

Pero allí estaba Miramón pegado, para decirle lo que había de decretar.

Zuloaga le dijo muy candorosamente:

—Yo no sé qué fin puede tener ese decreto que he publicado.

—¿El de la prerrogativa? le preguntó Miramón.

—Sí, señor. ¿Qué necesidad hay de que yo pueda nombrar un Presidente sustituto, si no se necesita?

—Al contrario: va á necesitarse.

—Estando yo aquí, parece que es lo suficiente.

—No, general: Vuestra Excelencia y yo tenemos que mostrar deferencia á la opinión.

—Ya la mostramos declarando en vigor el plan de Tacubaya.

—No basta eso: necesita usted salir de la Presidencia, pero por la puerta no por la ventana.

—¿Yo, señor general?

—Es lo convenido con el círculo que nos apoya.

—De modo que...

—De modo que me vá usted á hacer el obsequio de nombrarme en virtud de ese decreto, y así salen las cosas legales.

—Pero siendo Vuestra Excelencia el general en jefe de todo el ejército...

—Tengo que ser el Presidente de la República también... no importa que con el nombre de interino.

—¿Pero para qué vine entonces si tengo que volver á salir?

—Para cubrir las formas, señor Presidente.

—¿Y no me pondré yo en ridículo?

—No, Señor Presidente. Usted va á ganar muchísimo en la opinión, porque lo llamarán el abnegado. Usted me nombra por un decreto: yo me hago del rogar diciendo que tengo que salir á campaña; pero usted, quiere

decir, Vuestra Excelencia, se empeñará mucho en que yo conserve tal investidura en donde quiera que me encuentre, para que la autoridad sea una é indivisible, y sobre todo, para que no me vuelva á dejar por allá sin recursos, como ha sucedido.

De tal manera le fué estrechando el círculo Miramón, que Zuloaga, á pesar de sus escrúpulos y resistencias, tuvo que dar el decreto de 31 de Enero, declarando á Miramón Presidente. Esto es, se llegó á lo mismo que se había hecho antes, pero por otros caminos, sacrificando al estafermo, al caballo blanco, al pobre de Zuloaga, de quien todos se rieron á mandíbula batiente.

El día 2 de Febrero, fué la ceremonia de la toma de posesión del nuevo Presidente interino. Se levantó un altar en el salón de recepciones, se invitó á la nobleza y al clero, pues ya entonces habían empezado á salir algunos nobles de pacotilla, y Miramón, revestido de todas sus insignias, pronunció arrodillado ante el altar el solemne juramento que era de moda entonces.

Y para acabar de poner en berlina al pobre general Zuloaga, le dirigió la siguiente filípica:

«Muy pocos días ha que con una marcha firme, puse término á la última revolución y volví á poner en las manos de V. E., á quien consideraba la única persona legítima para gobernar el país, el poder que se había pretendido confiarme. Lejos estuvo de mi previsión la posibilidad, digo mal, la probabilidad de que nuevas dificultades complicaran la situación; creí que podría consagrar toda mi atención á la grandiosa empresa que me parece la primera entre las que hoy pueden acometerse en la República, la pacificación del país, la extinción del último foco de la guerra civil que lo consume.

Por desgracia V. E., sabe cuántos obstáculos se han presentado á la administración á cada paso; V. E. sabe que nada se ha avanzado en el arreglo de la expedición de Veracruz; V. E. sabe que ninguna esperanza de adquirir recursos para llevar á cabo la ocupación de esa plaza importante, ha podido formarse hasta aquí; V. E. sabe que han llegado á calificarse de exigencias, mis justas peticiones en este respecto, y en fin, V. E. me entregue el mando supremo, considerando este paso como el único medio de que se obtengan los elementos para la campaña; y sólo en este sentido lo admito.»

Al oír toda esta cáfila de regaños, el pobre general Zuloaga, parecía que le echaban agua fría por todo el cuerpo, empezó á sudar, á cambiar de color y á sentir que la cabeza le daba vueltas. Se quedó todo alelado con la boca abierta y sin decir nada, hasta que su ministro de la Guerra, el general Parra, que era el que estaba más cerca, le estiró la casaca y le murmuró al oído este consejo:

—Láncele usted un viva.

Entonces el pobre general Zuloaga, gritó atragantándose:

—¡Viva el Excelentísimo Presidente interino!

Y acabó así la farsa, teniendo que salir el pobre general Zuloaga del palacio, con la cola entre las piernas, y parodiando el discurso del general Parra del día 24 de Enero, murmuraba:

—¡Abriendo los anales del mundo no encuentro un caso semejante!

Los concurrentes á la ceremonia, se quedaron diciendo unos á otros:

—¡Vaya, siempre se fué de aquí la calabaza!

En cambio los propietarios de México, empezaron á temblar luego que supieron que Miramón, en su discurso de toma de posesión, había indicado que su objeto al tomar el poder, era hacerse de recursos para la campaña de Veracruz.

—Es seguro, decían, que el clero no ha de querer desatar mucho los cordones de la bolsa y que sobre nosotros se vendrá el chubasco de los empréstitos y las contribuciones.

Así fué, en efecto, como luego veremos; pero lo que importaba era de pronto implorar las bendiciones del cielo y con ese objeto se celebró el día 6 una fiesta suntuosa en la Catedral, á que concurrieron las gentes de más campanillas.

El orador sagrado pronosticó la victoria para el joven héroe, que iba á combatir la impiedad, y que después de esa fácil campaña vendrían días venturosos para la iglesia.

Después de los dos préstamos que se mandaron imponer en Guadalajara y Guanajuato, de cien mil pesos cada uno, se decretó la contribución del uno al millar sobre toda clase de capitales, y el día 8 ya hubo fondos para que se pudiera dar un banquete de ciento y tantos cubiertos en el edificio de Minería, que se engalanó lujosamente.

Un licenciado, don José María Aguilar, ofreció el banquete á Miramón, con un brindis en que descollaron como muy notables las siguientes palabras que pueden ser aplicadas á los gobernantes de todas las épocas:

«Vuestra Excelencia que conoce y está en aptitud de medir la profundidad del abismo á que fuera conducida la nación si se adoptase una marcha menos sabia y

prudente en el delicado predicamento que guarda nuestra sociedad, sabrá sin duda conservar el apoyo moral que hoy le presta tan decididamente la opinión pública, *docilitándose* no sólo á oír la con benevolencia, sino también á corresponder á sus insinuaciones. Nada es más funesto para los pueblos, que un gobierno cuando se encierra en el estrecho círculo de su propio consejo, porque la verdad no penetra nunca en la atmósfera que lo rodea, y pocas veces la sabiduría toma parte en sus resoluciones: sólo el orgullo es egoísta; el patriotismo es expansivo, y en su entusiasmo puro busca á quien comunicarse y no descansa sino en la aprobación de todos los buenos ciudadanos.

—¡Caracoles con el licenciado Aguilar! murmuraron los mochos más recalcitrantes, éste quiere nada menos que la libertad de la prensa, que el dominio de la opinión de las masas, que la demagogia. . . . ¡caracoles con el licenciado Aguilar!

Y Miramón dijo para sus adentros:

—¡Vaya un mono que quiere venir á darme lecciones de buen gobierno!

Y sólo por eso, no lo nombró ministro, sino que compuso su gabinete del modo siguiente:

Gobernación: Teófilo Marín, mocho.

Fomento: Octaviano Muñoz Ledo, moderado.

Guerra: general Severo del Castillo, muy mocho.

Hacienda: Gabriel de Zagaceta, moderado.

Los clericales no quedaron muy contentos con este ministerio que lo consideraron de transacción con el antiguo partido comonforista, del cual quedaban en el poder algunas miajas.

El día 14 se formó el ejército, compuesto de unos seis mil hombres, en el Paseo Nuevo, y Miramón, seguido

de un vistoso Estado Mayor le pasó revista, más por lucirse que por conocer sus elementos de guerra que conocía como los dedos de su mano.

El 15, por la tarde, reunió á sus ministros y les dijo:

—Señores Secretarios del despacho: se puede decir que está arreglada la situación pública, ó por lo menos vencidas las principales dificultades con que se estaba tropezando para llegar al fin que se propuso el plan salvador que proclamamos en Tacubaya. Están sometidos los conspiradores y descontentos, sin que se haya derramado una gota de sangre, está fuera del poder el hombre inepto que lo enervaba, contamos con los indispensables recursos para el ejército y siguen una marcha ordenada los demás ramos de la administración. Yo salgo mañana, como ustedes saben, sin dejar la Presidencia: Zuloaga, que era quien debía nombrar sustituto conforme á la ley, ha declarado que no es incompatible el cargo con la campaña que voy á emprender á Veracruz. Desde luego puedo jurar á vuestras excelencias, que volveré victorioso, como lo tengo por costumbre, ya que me acompaña el Dios de los ejércitos; pero durante mi ausencia, vuestras excelencias despacharán los negocios, reduciéndose mi principal recomendación á que no me dejen de mandar dinero y municiones: todo el dinero que se reuna, todas las municiones que se fabriquen: es lo único que yo necesito para triunfar. Dentro de un mes, fijense bien en lo que les digo, dentro de un mes Veracruz estará en mi poder con todo y el ridículo gobierno de Juárez, con tal que no me falten los recursos. Vuestras excelencias me comunicarán sólo los asuntos graves, y yo los despacharé, á cuyo efecto me llevo á mi ministro de la Guerra y una secretaria de la Pre-

sidencia muy bien dotada. Ahora, ¡adios! y hasta mi vuelta.

No les dió tiempo de hacer observación alguna, porque se levantó y salió del despacho presidencial para ir á despedirse de algunas familias que le dispensaban su confianza y su intimidad.

Era joven, buen mozo y afortunado.

Al día siguiente se ocupó en ver desfilar su ejército, y por la noche fué á incorporarse con él, llegando el 18 á Puebla, en donde lo recibieron con arcos de flores y músicas.

¡Oh! cómo iba lleno de ilusiones y de esperanzas el joven general al acometer aquella campaña de Veracruz!



#### CAPITULO XXXIV.

##### *Lago de sangre.*

QUE Miramón era militar entendido para su época, que era valiente, que era arrojado, y que al mismo tiempo estaba recibiendo las caricias de la fortuna, eso nadie puede negarlo; así es que no sólo tenía fé él en su estrella y en sus conocimientos, sino que la hacía tener á los demás que ya sabían que á donde quiera que fuera lo había de acompañar su buen hado, por lo que él y los demás, contándose entre ellos sus ministros, su partido y aun sus mismos contrarios juzgaron que, como César, diría antes de un mes al estar de regreso en México: «llegué, ví y vencí», que su campaña de Veracruz sería un agradable paseo militar y que el gobierno de la reacción á pocas fojas quedaría enteramente consolidado.

En efecto, de etapa en etapa fué recibiendo ovaciones, y cuando se empezó á encontrar con partidas de libe-

rales, le fué tan fácil arrollarlas, como beberse un vaso de agua.

Apenas traspuso la zona que se conoce con el nombre de «La Esperanza» y entró al terreno quebrado donde empezaba á encontrarse con serias resistencias, los partes de sus triunfos fueron continuados: el 22 de Febrero dió aviso de que había ocupado á Orizaba, habiendo huído el enemigo; el 2 de Marzo ocupó Córdoba con la mayor facilidad; el 12 comunicó por telégrafo que había sido tomado á fuego y sangre el cerro del Chiquihuite; casi al mismo tiempo le causó una terrible derrota al enemigo en la Soledad, haciéndole cien prisioneros, entre los que estaba un norte-americano que había volado tres puentes y que en el acto fué pasado por las armas.

También es verdad que Miramón llevaba ya un ejército de cerca de ocho mil hombres con cuarenta piezas de artillería, y las partidas que defendían los pasos disputados se componían de doscientos y trescientos voluntarios.

En donde se tropezaría con más grandes dificultades, sería frente á las murallas de Veracruz, en el caso de que la plaza no estuviera ocupada ya por los ingleses y franceses que la bloqueaban, pues es necesario tener en cuenta que para el éxito se contaba de antemano con un poderoso auxiliar que la diplomacia reaccionaria se había proporcionado en el exterior.

Hay que explicar esto, aunque sea someramente, para los lectores que no lo recuerden.

En principios de Enero, dos escuadras, la una francesa y la otra inglesa, se habían presentado en las aguas de Veracruz, y los respectivos comandantes se habían dirigido al gobierno de Juárez con la insolencia que enton-

ces era habitual, tratándose de una Nación débil y desangrada, haciéndole dos reclamaciones que importaban en sí una bicoca; pero que en las circunstancias eran gravísimas por las dificultades materiales que había para satisfacerlas, y más aún, porque se comprendía que se tomaban como pretexto á fin de ayudar á la caída de una administración que les era antipática, y más que todo, á las segundas miras que ya se tenían respecto de México en los gabinetes europeos. Las reclamaciones eran: la una por la contribución extraordinaria impuesta por el comandante Garza, en Tampico, que había originado protestas de los súbditos extranjeros y algunos atropellos á éstos por sus resistencias para el pago, y la otra por haberse dispuesto en Veracruz de los fondos correspondientes á la Convención de Lóndres.

Se hicieron sacrificios, se sacó el dinero de donde se pudo, jugó la diplomacia, y el gobierno de Juárez logró dejar satisfechos á los reclamantes por más dispuestos que estuvieran á no satisfacerse. El ministro Ocampo, explicó lo que había pasado en notas muy amplias y muy elocuentes escritas á los gobernadores, felicitándose de que el gobierno hubiera podido salir de la celada que se le había puesto en los momentos más críticos, esto es, cuando el Macabeo se dirigía con su poderoso ejército para reducir á polvo el último baluarte de los libres, y entonces los defensores de la plaza de Veracruz, pudieron dictar sus medidas para esperar el ataque, contándose entre ellas la de establecer una corte marcial que sentenciara á muerte á todo aquel que hablara de capitular ó de rendirse luego que se presentara el enemigo. La plaza contaba con unos dos mil hombres de tropa regular y con unos mil más de las guerrillas que se habían replegado, y

los reclutas y simpatizadores de la causa liberal, presentados á última hora; pero con esa reducida guarnición que no alcanzaba á cubrir ni medianamente las murallas y los fuertes, se resolvió el gobierno á combatir hasta quemar el último cartucho, que sería cuando la ciudad estuviera reducida á escombros y debajo de ellos todos sus defensores.

Miramón, por su parte, brioso como era, atrevido como era, perspicaz como era también para sus maniobras y sobre todo llevando á cuestras un prestigio que le hacía valer por veinte generales, no se le dió un bleo que hubiera ante sus huestes vencedoras fortalezas artilladas, y desde luego tomó posiciones, hizo reconocimientos y nombró columnas de ataque, concibiendo al efecto planes que le parecían infalibles. Unas cien hombas lanzadas sobre los parapetos, anchas brechas practicadas por dos ó tres puntos, un ataque, simulado por uno de ellos y luego el asalto por los otros dos, sería cuestión solamente de cuatro ó cinco horas de cañoneo y una media hora de combate. Ya tenía escrito su mensaje:

«La plaza de Veracruz tomada por asalto: mis tropas han combatido con bizarría cubriéndose de gloria.—Miramón.»

Y como tenía tropas de sobra, no le importó desprenderse de una división que, mandada por Casanova, debía atacar simultáneamente la plaza de Alvarado, ocupada también por los liberales.

Robles Pezuela, Ramírez Arellano, Herrán, Cobos, todos tenían ya sus puntos designados el día 24 en los médanos del Perro y del Encanto, en la Casa Mata, etc., etc., con las instrucciones necesarias para operar sobre la plaza

el día 25, que fué el designado para la demolición y la ocupación.

Pero como sucede en este mundo que muchas veces las resoluciones mejor tomadas suelen derrumbarse por causas imprevistas. los proyectos de Miramón, tan bien ideados y que tan bien se estaban llevando á la práctica, quedaron desvanecidos como el humo cuando le llegaron dos mensajes el uno detrás del otro, en que se le decía que el convoy que esperaba con dinero y con municiones no había llegado á Puebla, y que Degollado, con un poderoso ejército, estaba asediando á la Capital.

—¡Mil rayos partan á esas gentes! exclamó Miramón lleno de rabia, ahora vamos á tener que retirarnos.

—Señor, le dijo el general Castillo, que también era intrépido y que quería lucirse como ministro de la Guerra, vamos atacando.

—¿Y con qué atacamos?

—Con las bombas.

—Qué bombas ni qué demonio, si falta la pólvora para lanzarlas.

—Sin embargo. . . .

—¡Quite usted allá, señor general Castillo! un ejército sin dinero y sin municiones, vale un serenado cuerno. Y luego ese Degollado que saca tropas de las piedras. . . . ¿de dónde diablos ha salido ese hombre de quien no tuvimos noticias, para que se encuentre ya sobre la Capital?

—El caso es que las columnas están listas para el asalto.

—Pues que ahora se alisten para marchar. . . .

—¿A dónde?

—¡Al infierno! Nos retiramos, porque esos estúpidos ministros no han cumplido con el único encargo que les

dejé: mandarme pólvora y recursos. Desengañese usted, señor general Castillo, yo solo, sin tener quien me ayude, es imposible que esté en todas partes ni que lo haga todo. Mande usted volver á Casanova, y que á primera hora mañana se verifique la contramarcha en el mejor orden.

—Como lo disponga Vuestra Excelencia.

—Así lo dispongo. Me cubren de ridículo, pero ya me la pagarán.

Y así fué cómo se salvó la plaza de Veracruz y cómo los Supremos Poderes federales pudieron ya seguir funcionando sin ningún estorbo.

Al día siguiente, cuando fueron á ver á Juárez, Zamora, Iglesias y sus demás hombres de guerra, y le dieron la noticia de que el ejército de Miramón había tomado otra vez el camino de México, aquel les contestó con toda tranquilidad:

—Ya me lo esperaba: nuestros amigos del interior no nos abandonan. De allá nos ha de venir el triunfo definitivo más tarde ó más temprano. Tengo fé en nuestra causa, porque es justa y buena, y ha de hacer porque nuestros sacrificios sean recompensados.

Después de estas palabras, que en la boca de don Benito fueron un torrente, pues que no era locuaz ni en el trato particular, calló y dejó que sus ministros hablaran, no volviendo él á pronunciar en algún tiempo, sino las palabras extrictamente necesarias.

Miramón, que como ya se ha dicho, traía consigo á su otro rival Robles Pezuela, sea para darle una muestra de confianza ó para quitarse á un hombre que podía estorbarle en la Capital, le formó la división de Oriente con

tres mil hombres y veinte piezas para que prosiguiera la campaña de Veracruz, de cuyos terrenos todavía le costó trabajo salir porque ya tenía cortada la retaguardia por Lallave que se había situado en las Cumbres de Aculcingo con mil quinientos hombres, sobre el cual tuvieron que emprenderse operaciones en toda forma con ocho mil quinientos hombres, logrando derrotarlo.

Después de la acción desgraciada para el jefe liberal en que se le dispersó su gente, perdiendo sus cañones y varios muertos y heridos, al siguiente día, que fué el 9 de Abril, se cogió en un camino al ayudante de Lallave don Juan Oscar Robert, que andaba extraviado, y mandó fusilarlo Miramón para dar realce á la victoria de Robles Pezuela, pues este fué el que la había alcanzado en Lagunilla sobre los liberales, quienes de paso agregaremos, habían conseguido su objeto que era entorpecer y retardar la vuelta de Miramón á la Capital.

Una vez libre el caudillo de la reacción de esas dificultades, ya pudo dirigirse á Puebla con escoltas y salir de allí el 10 por la noche, al saber que sus ministros en México se encontraban en grandes apuros.

¿Qué era, pues, lo que había sucedido en el Interior? Una cosa muy sencilla: que el general don Santos Degollado, que entre otras cosas, lo que menos tenía era ser general, reconocido como ministro de la Guerra de Juárez, con facultades amplísimas y muy estimado por sus cualidades de buen ciudadano y buen patriota, con su actividad acostumbrada había dado cita á todas las partidas sueltas que operaban en los Estados del centro de la República, á fin de formar un núcleo de tropas de cualquiera consideración que fuera para poderse acercar á la Capital con el fin de hacer que la expedición de Miramón á Vera-

cruz fracasara. Al frente, pues, de tropas de la frontera mandadas por don Ignacio Zaragoza y del interior mandadas á su vez por Iniestra, Régules, Pinzón, Pueblita y otros en número de algo más de tres mil hombres, salió de Querétaro, teniendo que trabar desde luego una acción con el reaccionario Mejía en Calamanda en que hubo pérdidas por ambas partes, sin que la victoria completa quedara por alguno de ellos, teniendo Mejía que huir hacia San Luis, por habersele dispersado uno de sus principales cuerpos.

Una vez libre Degollado del obstáculo puesto por Mejía en Calamanda, pudo continuar su marcha sobre la Capital con menos de tres mil hombres, esperando llegar con siete ú ocho mil, si acaso se le incorporaban las demás fuerzas con que creía poder contar para dar un golpe definitivo á la reacción.

Habiéndose ocupado por los liberales á Zacatecas, Aguascalientes, Durango, Colima, Guanajuato y Querétaro, ya en el Interior no quedaban más que Mejía en San Luis, algo destrozado, y Márquez en Guadalajara con unos cuatro mil hombres para oponerse á la expansión de aquellos, pues ya á esas fechas don Joaquín Miramón, hermano del héroe, había sido echado á pique con toda su división volante.

Don Santos Degollado pudo, pues, llegar con unos cuatro mil hombres, incluidos los pocos que se le fueron incorporando en el camino, á los alrededores de la Capital, extendiéndose desde Tlalpam hasta San Angel y Lomas de Santa fé, llegando sus avanzadas á Tacubaya. En estas posiciones permaneció el ejército de Degollado doce días, sin emprender operación alguna formal sino simples escaramuzas en que los suyos llevaron la peor parte, una vez

que las tropas defensoras de la plaza eran de línea y se encontraban bien disciplinadas.

Este tiempo lo aprovecharon bien los de la plaza, reforzando sus trincheras y reconcentrando guarniciones que aumentaron su número considerablemente, llamando además á Márquez y á Miramón para que protegieran la Capital, que estaba en inminente peligro de caer en poder de los liberales.

Por fin el general Degollado, que desgraciadamente no era muy entendido militar, dispuso dar un ataque por el rumbo de San Cosme para probar fortuna, y según dijo Zaragoza en una modesta carta, en esa vez si pudo tomarse la plaza, porque los sitiados echaron mano hasta de sus *últimas reservas*, si hubieran cooperado las demás tropas sitiadoras que permanecieron bastante lejos descansando sobre las armas.

En la guerra, pues, no bastan el valor, la audacia, la temeridad si se quiere, se necesitan además el buen ojo, la pericia, la oportunidad del ataque y la defensa y las disposiciones violentas, enérgicas y decisivas. Don Santitos era activo para organizar, era diestro para el manejo de los papeles y sabía discurrir buenos planes, pero le faltaban las dotes necesarias para ejecutarlos.

Llamado el general Leonardo Márquez violentamente y teniendo tanto tiempo como tuvo para moverse, fácil le fué salir con una fuerte escolta de Guadalajara y reunir hasta mil quinientos hombres en el camino, aunque dejando desguarnecidas todas las poblaciones que se sostenían en el interior adictas al plan de Tacubaya, comprendiendo que aunque se perdiera todo, lo que más interesaba era salvar la Capital.

¿Por qué Degollado no mandó unos dos ó tres

mil hombres á interceptar el camino de Márquez, por qué estuvo dejando que entraran á la plaza de México las fuerzas que iban llegando de todas partes teniendo que recorrer muy largas distancias? ¿Por qué después del ataque dado con tan buen éxito el 2 de Abril, no lo repitió al día siguiente, por qué permaneció aún ocho días al frente de la plaza, sosteniendo tiroteos insignificantes, por qué no se retiró, si como se dijo después el parque estaba consumido, por qué se esperó á que los sitiados que estaban ya más fuertes tomaran la iniciativa? Ya lo hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo, don Santitos, como le llamaba la tropa, era un gran caracter, pero le faltaban muchas de las facultades que necesita un buen militar.

Márquez salió de la plaza, tomó la retaguardia á las fuerzas liberales, desde más allá de las Lomas de Santa Fé, las vino envolviendo hasta encerrarlas en un círculo de bocas de fuego y las derrotó, como era natural que sucediera, en los alrededores de Tacubaya y Chapultepec.

Se perdieron la artillería y los carros de municiones; pero se salvaron muchas tropas, dispersándose en varias direcciones, yendo á formar el cuartel general en Maravatío, en donde antes de ocho días ya había unas tres ó cuatro brigadas de las tres armas. Hubo pocos prisioneros relativamente; el que cayó todo en poder de Márquez, fué el cuerpo médico de los liberales, porque estaban, los que lo componían, en Tacubaya en el hospital general curando á los heridos de los dos partidos. También cayeron allí, sin saberse por qué causa, dos ó tres paisanos y dos ó tres niños. A todos mandó Márquez que se les fusilara sin identificar las personas conforme á la ley de conspiradores, expedida por los hombres de gabinete, preci-

samente para eso, para que se derramara lo más que se pudiera la sangre de los mexicanos.

La hecatombe de Tacubaya, aquellos fusilamientos en masa que se hicieron á un lado del camino que va á San Angel, ordenados por Márquez y Miramón, pues éste último llegó de Puebla á la Capital en los momentos en que Márquez triunfaba, semejante carnicería, cuando podía bastar con el placer de la victoria, fué terriblemente descrita en un folleto que circuló con profusión en la República, y en el cual se leen los siguientes párrafos que todavía hoy hacen erizar los cabellos:

«No es el gobierno de la República, decía, el que se complace en bañarse en sangre; no es tampoco un partido político; no es el ejército nacional. No, mil veces no; el país no ha consentido en darse un gobierno compuesto de truhanes, tahures, ladrones y asesinos. Una facción inmunda ha asaltado el poder en la capital; pero esto no es gobierno, es una camarilla compuesta de las heces de los garitos, de la escoria de los cuerpos de guardia y de las sacristías. No; no hay en México un partido político cuyo dogma sea el asesinato: los que azotan á las mujeres, los que fusilan á los heridos, los que niegan un confesor á los moribundos, los que asesinan á los médicos y á los niños y después insultan sus cadáveres, no forman, no, ni pueden formar una comunión política; forman, sí, una turba de malhechores, que á soldada de los interesados en los abusos, intentan volver el país á la barbarie. No; no es el ejército nacional el culpable de estos crímenes; el soldado mexicano fué siempre noble y generoso en la victoria: el ejército que consumó la independencia, que sostuvo la libertad y defendió la integridad del territorio, si fué valien-

te en el combate, miró como hermanos á los vencidos y no confundió la lucha leal y magnánima con el asesinato proditorio.»

Hacia luego una pavorosa narración de lo acaecido, y concluía de esta manera:

«¡Dios de las naciones! Haz que el crimen tenga expiación; permite que este pueblo se lave del baldón de sus opresores, haciendo reinar la paz, la justicia y la virtud, y haz, por fin, que este pueblo oprimido quebrante sus cadenas y sea el terrible instrumento de tu justicia inexorable!—¡Ay de los asesinos! ¡Ay de los verdugos! ¡Ay de los modernos fariseos! ¡Malditos serán sobre la tierra que regaron con sangre inocente, con sangre de sus hermanos que vertieron con crueldad y alevosía!!!»

He aquí los nombres de algunas de las víctimas que fueron allí sacrificadas: Lic. Marcial Lazcano, Tenientes coroneles, Genaro Villagrán y José María Arteaga; Dr. Manuel Sánchez, jefe del cuerpo médico; los médicos cirujanos Juan Duval, José M. Sánchez, Gabriel Rivera, Ildelfonso Portugal, Juan Díaz Covarrubias y Alberto Abad; capitanes: Ignacio Sierra y José López; los licenciados y paisanos Agustín Jáuregui, Manuel Mateos, Saberio Fische, Eugenio Quisen y Miguel Neira. Entre los fusilados estaban dos niños de quince años, y era tal la confusión cuando se verificaba aquella matanza, que lograron salirse del cuadro don Feliciano Chavarría, que después fué general y otros tres ó cuatro compañeros, salvándose milagrosamente.

Tacubaya lleva por eso en memoria de tan infausto acontecimiento el nombre de «Ciudad de los Mártires,» lo mismo que mientras haya mexicanos sobre la tierra,

no dejarán de considerar como un oprobio para nuestra historia tales asesinatos, ni de pronunciar con estremecimientos de indignación los nombres de los verdugos.

Un pequeño monumento, con su jardín, rodeado de una verja de hierro cerca de la Estación del ferrocarril que lleva por el mismo suceso el nombre significativo de «Los Mártires,» enseñan al viajero el lugar en que de la manera más salvaje se sacrificó á los médicos y á los niños por los generales Márquez y Miramón, que estaban al servicio del bando clerical.

